



FRASES COMENTADAS

Todo lo hace el garbanzo!

Se ha dicho de los refranes que encierran la sabiduría popular. Y lo mismo cabe decir de ciertas frases corrientes y usuales. Sólo que esa sabiduría no pasa de ser cazarería la mayor parte de las veces.

El hombre inventa teorías éticas para justificar su conducta. No es que obre con arreglo a ciertos principios de moral o de lógica, es que inventa esos principios, ya de moral, ya de lógica, para explicar a los demás y explicarse a sí mismo su manera de obrar, para justificarse ante los demás y ante la propia conciencia.

Y lo mismo que se le ocurre al hombre individual ocurresele al hombre colectivo, al pueblo. Cada pueblo inventa un número de teorías para justificarse ante los demás pueblos y ante su propia conciencia colectiva. Y se queda luego tan satisfecho.

Cuando alguien se expresa contra el opresivo ámbito de cobardía y de pordiosería que está oprimiendo a España y habla de vergonzosos silencios y de más vergonzosas rupturas de él, suele contestársele: Todo lo hace el garbanzo! Y la pobreza, supuesta o real, ha venido a ser la tapadera de la mayor parte de nuestras ignominias. Ella fué la explicación de nuestro picaresismo. A tal punto que de nuestra clásica literatura picaresca podría muy bien extraerse una filosofía de la miseria. Y no sólo de la miseria económica, sino de la miseria moral.

¿Es cierto, como aquí se dice y se repite, que es la independencia económica, la que da la independencia moral, la dignidad, o no será más bien que es ésta la que da aquella? ¿Somos indignos porque seguimos siendo pobres, o seguimos siendo pobres porque somos indignos?

La más difícil sabiduría—lo hemos dicho muchas veces—es la de saber ser pobre. Y el que no sepa ser pobre cuando lo sea, no sabrá ser rico cuando llegue a serlo, si a ello llega. El que siendo pobre crea que todo lo hace el garbanzo, cuando llegue a rico verá que hay riquezas que degradan más aún que el garbanzo.

No, las indignidades, las abyecciones, las vilezas morales mayores que he visto en nuestra patria, no se han debido al todopoderío del garbanzo. He conocido señores bien acomodados que han descendido a los últimos escalones del servilismo por lograr un cintajo o un puesto de relumbrón, en el que nada hacían pero que les daba una grotesca prestancia ante un pebaño de imbéciles. Por una gran cruz, por una señaduría, por un título comprado, ¡qué de vilezas no se cometel

Y luego eso de que todo lo hace el garbanzo, es un cómodo achaque para justificar la propia poltronería. Porque la característica cobardía de los españoles de hoy no es, en el fondo, más que poltronería. No es miedo al riesgo; es horror al esfuer-

zo. Si no atacan, no es tanto por temor a que les maten en la batalla, cuanto por no tomarse el trabajo de atacar, por no gustar esfuerzo. Hay quien se deja imponer un tributo injusto, por no cansarse en protestar. Conviene repetirlo mucho y que todos nos fijemos bien en ello: nuestra cobardía no es más que poltronería.

Y buena prueba de ello es que cuando el valor significa ahorro de esfuerzo, cuando afrontando el riesgo nos escatimamos un trabajo, entonces somos valentísimos. Con tal de no trabajar, un torerillo de capeas se expone a que le coja un toro o un tren. Y es que no sabe ser pobre. El «más cornadas da el hambre» del célebre Espartero—más célebre que el general—es otra versión del «todo lo hace el garbanzo». Pero las cornadas no es el hambre, es la poltronería la que las da.

«¿Y qué va usted a sacar con eso?», le preguntan a uno. O bien: «¿trabajo perdido?», como si algún trabajo se perdiera. Y cuando dicen: «¿pero ese hombre qué es lo que se propone con eso que hace y dice? Estará loco...»

Y es la verdad. Aquí estamos locos todos los que no creemos que todo lo hace el garbanzo ni buscamos satisfacer vanidades de candidato a jefe de administración superior. El orgullo es una locura. Lo único cuerdo es la vanidad.

Y hoy puede uno hacer en España todo lo que se le antoje. Aseguro a mis lectores que a seguir como van las cosas, llegará día en que si se presenta un anarquista decentemente vestido a la puerta del Palacio de Oriente y llevando una bomba en la mano y al preguntarle qué se propone responde que divertirse, echándola en el salón del trono, mandarán que se evacuen las estancias, le dejarán pasar y tomarán medidas para que se oiga lo menos posible el estrépito y se diga luego que fué un accidente casual.

Aquí, donde se dice que todo lo hace el garbanzo, donde se proclama el todopoderío del vientre, se puede todo. Y si hay alguien que no tema a la pobreza, y si llega al heroísmo tampoco al hambre, ese es el verdaderamente libre, el verdaderamente poderoso. ¿Libre? ¡Libre, no! Porque no se puede ser libre donde los demás no lo sean. Como es difícilísimo ser trabajador entre haraganes. La depresión pública alcanza a todos, incluso a aquellos que más se oponen a ella. Y llega fácilmente el desahiento.

¿No se lee porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee?, se preguntaba Larra. Y en todo problema social, lo más difícil de dilucidar es cuál es la causa y cuál el efecto, si A produce B o B produce A. Sucediendo de ordinario que se producen mutuamente y que eso de causa y de efecto



Todo lo hace el garbanzo

4-182

2



es algo artificial, muy conveniente para ciertos fines prácticos, pero nada más. Y al atacar los males, lo mismo da atacarlos en la supuesta causa que en el supuesto efecto.

«Eres demasiado joven aún para significarte y tomar partido — le dice un padre a su hijo—aguarda a haber conseguido una posición y entonces tendrás derecho para opinar». Mas como para obtener la posición esa necesita a las veces aparentar una opinión cualquiera, la adhesión a un caudillo, cuando ha logrado colocarse ya tiene vendida su conciencia y su dignidad moral con ella. Y llega un día en que preso en una red de intereses creados y de compromisos, no puede ser ya bueno, es decir, sincero, digno, libre de conciencia, aunque quiera.

¡Con qué melancolía me decía una vez un viejo político provincial que si él tuviese veinte años menos haría y diría lo que veinte años antes ni hizo ni dijo! «Yo tengo que combatir esa campaña que ustedes hacen —me decía—pero estoy conforme con ustedes y veo que tienen razón. Y aun dicen poco».

Me dió lástima de aquel hombre, inteligentísimo y en el fondo bien intencionado y hasta generoso, que se veía preso de sus mismas mañas, las que acaso inculcaba a los suyos, que quería ver prosperar. Y eso es lo que explica la tristeza de ciertos hombres de quienes cree el mundo que han triunfado y se han salido con la suya y los estima hábiles. Es que el garbanzo, ese garbanzo que lo hace todo, es de muy difícil digestión y un asiento de ellos es cosa terrible. Es mejor acostarse a morir con el estómago vacío que con un asiento de garbanzos. Y mejor morir de hambre que de indigestión de ellos.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S